

## Arte de navegar

Hola amigos. ¡Cómo están las cosas! En el debate cada vez más confuso de la política, un gran periodista se atreve a comentar. “No, no es verdad que el barco del presidente Zapatero hace agua. Lo que ocurre es que navega a la deriva. Carece de rumbo. El timónel no sabe qué hacer. Da bandazos a babor y a estribor”. Exacta imagen marinera de la situación real que padecemos.

Todos la entendemos y esto justifica que los griegos, navegantes por vocación y padres del mundo civilizado, vieran en el navegar “el gran arte de la vida”.

Por contraste basta ver que, en nuestra singladura particular, todos navegamos un tanto a la deriva. Para comprobarlo no hay más que montarse una encuesta de urgencia y preguntarle al personal qué quiere, qué le interesa o por qué lucha.

Se ponen los pelos de punta al comprobar que casi nadie sabe en el fondo por qué hace las cosas, qué es lo que quiere, o cuáles son las últimas razones que le impulsan. Todos navegando a la deriva. Todos a vueltas con el difícil arte de navegar.

Según los datos, la crisis actual hace estragos en la llamada “generación del milenio”, están mal preparados para tolerar una economía difícil. Les falta tenacidad, imaginación. Tienden a generalizar lo individual a minimizar la cultura tradicional. Hace estragos también la “Generación “ni-ni” que ni trabaja, ni estudia.

En otros casos van al trabajo pero no dejan de pensar en la hora de volver a casa y cuando están allí, sólo piensan en volver al trabajo. Otros opinan que hay que cambiar el “chip” y pasar de la queja a la acción. Demasiado tiempo haciendo de “cigarras”, ¿volver a las “hormigas”, infravaloradas?

Frente a esta situación, se entiende perfectamente el lema, un tanto drástico, de los griegos: “Navegar es necesario” casi más que vivir.

Tal vez ellos descubrieron, por primera vez, que una vida sin norte, sin orientación inteligente, siempre a vueltas con tormentas mal capeadas, no merece la pena vivirse. Una vida que no se navega, no es vida.

Aunque los griegos llegaran hasta nuestras orillas, nuestro celtiberismo no acabó de asimilarlo. Para nosotros navegar es un movimiento reflejo, un instinto que nos lleva a bregar con las aguas, a enderezarnos cuando las olas revientan en nuestros costados y a salir adelante como sea.

Eso sí, le echamos valor a la cosa. He trabajado años con una periodista sueca que nunca salía de su asombro: “Nadie tiene en el mundo una capacidad de improvisación como los españoles, de ingenio ante situaciones inesperadas, de intuición rápida”. Latinos.

Para los griegos vivir es navegar, un arte que se estrena cada día. Es buscarse una meta y dirigir hacia ella la proa. Nosotros, siempre a merced de sentimientos inestables, zarandeados por crestas de euforia o bajamares de decepción. Encallados, tal vez, en la mediocridad cotidiana, en la inercia pegajosa de la calma chicha...

“Vivir no ha sido nunca cómodo ni sencillo”, ha dicho alguien. Y no le faltaba razón. De todo eso hay en el arte de navegar. El diccionario tiene una palabra ligera y graciosa para definirlo. “Singular: Navegar la embarcación con rumbo determinado”. Y aún encontramos otra más exacta. “Singladura: Camino que hace una embarcación, en veinticuatro horas, con un rumbo determinado”.

Es el secreto: Navegar con una meta definida, saber a dónde vamos y de dónde venimos. Esta es nuestra singladura personal: Saber **realmente** lo que queremos.

Tenían razón los griegos. Aunque parezca paradójico, navegar es más necesario que vivir. Nadie es imprescindible. El mundo puede marchar sin nosotros, pero algo se tambalea en alguna parte cuando en las manos de cualquiera falla el timón.

¿De acuerdo?

Déborah



## **El blog Déborah**